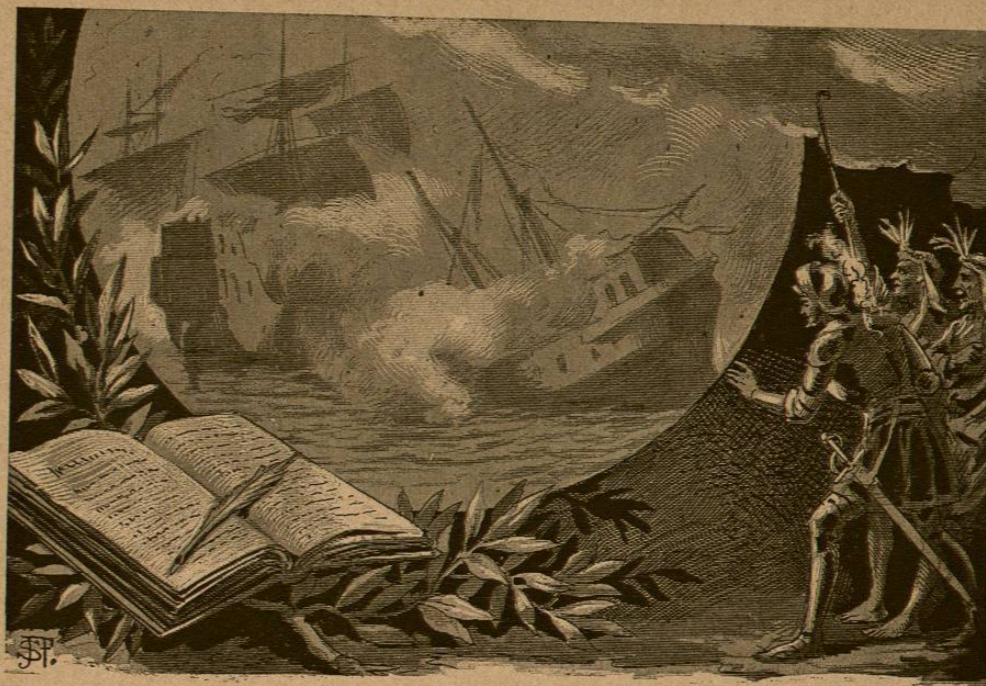


Luego pues los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendido:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devoción y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sonos
Acercándose siempre caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban;
Las ordenadas bandas y escuadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida y voz pujante.
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante:
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.



CANTO XXIV

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochali

La sazón, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las ausonias olas definida:
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ó sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguaje conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir estensa y claramente
Deste naval conflicto y rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

TOMO I

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios é instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?

Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, trasilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Númidas, sarracenos, africanos,
Jenizaros, sanjacos, capitanes,
Chances, rehelerbeyes y bajanes.

Vi allí también de la nación de España
La flor de juventud y gallardía,
La nobleza de Italia y de Alemania
Una audaz y bizarra compañía:
Todos ornados de riqueza estraña,
Con animosa muestra y lozania,
Y en las popas, carceses y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas pues venían
En tal manera y orden navegando,
Que dos espesos bosques parecían
Que poco á poco se iban allegando:
Las cicaladas armas relucían
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurría,
Donde venía un mancebo levantado
De gallarda presencia y bazarria:
Un riquísimo y fuerte peto armado
Con tanta autoridad, que parecía
En su disposición, figura y arte
Hijo de la fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,
Afiicionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,
El aire, el ademán y compostura;
En la fuerte celada, en la testera
Vi escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro el campo en sangre tinto:
Don Juan, hijo del César Carlos quinto.

El cual acá y allá siempre corría
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venía
El viejo secretario Juan de Soto;
De quien el mago anciano me decía
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y esperiencia,
De mucha expedición y suficiencia.

Don Juan á la sazón los exhortaba
A la batalla y trance peligroso
Con ánimo y valor, que aseguraba
Por cierta la victoria y fin dudoso;
Y su gran corazón facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un belicoso ardor y fuego ardiente;

Diciendo: «O valerosa compañía,
Muralla de la Iglesia inespugnable:
Llegada es la ocasión, este es el día,
Que dejáis vuestro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfía,
Y la invencible fuerza y fe inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos.

» Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desta armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida:
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su rey y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sino en trayendo al enemigo á muerte.

» Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende:
Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende;
Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Mas del poco de mar que en medio veo.

» Vamos pues á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama;
Del hado el curso próspero sigamos
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoro estruendo de la guerra
Por todos los confines de la tierra.

» Mirad por ese mar alegremente
Cuánta gloria os está ya aparejada:
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros piés sea derrocada,
Y someta hoy aquí todo el oriente
A nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes príncipes y reyes
Los podemos quitar y poner leyes.

» Hoy con su perdición establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano:
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor mahometano.
¿Qué peligro, ó varones, temeremos
Militando debajo de tal mano?
Y ¿quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?

» Solo os ruego, que en Cristo confiando
Que á la muerte de cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por él mostrando
Que llamarse su milite merece;
Con propósito firme protestando
De vencer ó morir: que si parece
La victoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es menos buena.

» Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la victoria asegurada;
Así que, ya del cielo prometido
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.»

Súbito allí los pechos mas helados
De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos los diestros brazos levantados
La victoria ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven pues loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando
Atravesó por medio de la armada,
De blanca espuma el rastro levantando:
Cual luciente cometa arrebatada,
Cuando veloz rompiendo el aire espeso
Le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto
En orden las galeras y la gente,
A la suya real se acostó presto,
Donde fué saludado alegremente;
Y señalando á cada cual su puesto
Con el concierto y modo conveniente,
Zafa la artillería, y alistada
Iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del inclito Andrea Doria,
De quien el largo mar Mediterraneo
Hará perpetua y célebre memoria;
Y Agustín Barbarigo, veneciano,
Proveedor de la armada senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra
Con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Carlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino;
La del papa y Venecia á los costados
Así continuaban su camino:
Cargando con igual compás y extremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos por las fronteras
Que á manera de luna iban cerradas;
Seguían luego detrás treinta galeras,
Al general socorro señaladas,
Donde el marqués de Santa Cruz venía
Con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento
Ganándole la mar se aventajaba;
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y escelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro,
Va Siroco virey de Alejandria
Con Memetbey, cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazón regia;
Ochali renegando iba al siniestro
Con Carabey su hijo en compañía,
Y en medio en la batalla bien cerrada
Allí, gran general de aquella armada.

El cual reconociendo el duro hado,
Y de su perdición la hora postrera,
Como prudente capitán y osado
De la alta popa en la real galera,
Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo,
Hizo esta breve plática diciendo:

«No será menester, soldados, creo,
Moveros ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestran bien las fieras intenciones:
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

»Que jamás la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta;
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta:
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado
Que de vuestro valor siempre habeis dado.

»No os altere la muestra y el ruido
Con que se acerca la enemiga armada:
Que sabed que ese ejército movido,
Y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un día
Del mundo al Gran Señor la monarquía.

»Que esas gentes sin orden que allí vienen,
En el valor y número inferiores,
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos poseosores
Las provincias y reinos del poniente,
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

»Que ese su capitán envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido,
Sin curso, disciplina ni experiencia;
Y así presuntuoso y atrevido
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae á toda esa gente condenada
A la furia y rigor de vuestra espada.

»No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la victoria deste día:
Que lo mas desa armada temerosa
Es de la veneciana señoría:
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada mas al regalo y pulicia,
Y á las blandas delicias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.

»Y esotra turbamulta congregada
Es pueblo suez, bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quien conformidad jamás se halla:
Gente que nunca supo qué es espada,
Que antes que se comience la batalla
Y el espantoso son de artillería,
La romperá su misma vocería.

»Mas vosotros, varones invencibles,
Entre las armas ásperas criados,
Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habrá ya tan terribles,
Ni contrarios ejércitos ligados,
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?

»Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con mas creciente
Teñido en roja sangre el color cano:
Abrid pues y romped por esa gente;
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»

Así el bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heroica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba;
Pero en lo hondo del secreto pecho
Siempre el negocio mas dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolución del adversario.

Y mas cuando un jenízaro forzado
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Después de haberse bien certificado
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
Y el socorro que atrás viene siguiendo,
Si mi vista de aquí no desatina,
Es de la armada y gente ponentina.»

Sintió el bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba;
Pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte
El secreto dolor disimulaba;
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte
Segun orden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron:
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusión hacia
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Priamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego parecia,
No solo arder al mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida,
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero de no menor furia llevadas
Al socorro sobre ellas acudieron,
De la derecha y de la izquierda mano,
La general del papa y veneciano.